

del Papa; en la segunda (antes del 11 de Abril de 1505), se pensó en llevar á cabo los trabajos comenzados por Nicolao V y Paulo II; en la tercera (desde el verano de 1505), se tomó la atrevida resolución de transformar la iglesia del Príncipe de los Apóstoles, conforme á nuevos proyectos, más bellos y magníficos. A la verdad, tampoco entonces se pensó en abandonar completamente los comienzos de las construcciones principiadas por aquellos papas, y así se procuró varias veces aprovecharlas; pero quedaron reducidas á meros fragmentos, en medio de otras composiciones totalmente nuevas (1). Con qué fervor se emprendiera aquella obra grandiosa, lo muestra el número de los planes que todavía se conservan. Una parte de ellos los trazó el mismo Bramante, que contaba entonces sesenta años; otros fueron dibujados, según indicaciones suyas, por los artistas á quienes empleaba en su estudio, como v. gr., por el joven Baltasar Peruggi y Antonio da Sangallo (2).

Durante mucho tiempo, solamente se sabía, que el pensamiento fundamental de Bramante culminaba en un edificio central, con una cúpula grandiosamente elevada en medio, sobre el plano de una cruz griega, con otras cuatro cúpulas menores en los extremos; pero hasta las modernas investigaciones de los copiosos materiales que ofrece la colección de dibujos conservada en los Uffici de Florencia (unas 9.000 hojas), no se ha sacado á luz una serie de estudios y proyectos para San Pedro, entre los cuales se han descubierto los primitivos planos y bosquejos de Bramante. El pasmo y la admiración se apoderan del ánimo de quien contempla aquellas hojas, y sólo ahora podemos barruntar, cuán sublime creación artística ha perdido el mundo á causa de las posteriores transformaciones de San Pedro.

(1) Así lo dice v. Geymüller 145 s., 373 s.

(2) v. Geymüller 157 s., 160 s.; cf. 98 s. Este célebre escritor de arquitectura expresa aquí la opinión, de que el influjo de los numerosos estudios de Bramante, para la Iglesia de S. Pedro, compuestos entre 1505-1506, fué tan grande, y tan considerable el número de los ocupados en su oficina ó en los trabajos de construcción, que muy pronto muchos maestros estuvieron en disposición de ejecutar obras menores al estilo del S. Pedro de Bramante. «Así vemos, dice, cómo Antonio da Sangallo, el joven, con elementos tomados de Bramante, restaura, en 1507, la iglesia de Sta. María de Loreto, en la Piazza Trajana, y Peruzzi en 1514 repara la catedral de Carpi, y en 1521 forma ciertas partes del proyecto de acabamiento de S. Petronio, en Bolonia (para no hablar de la iglesia de S. Eligio, de Rafael). Podía ciertamente haberse repetido en Todi, algo semejante á lo que se había efectuado en la iglesia de la Madonna di Macerato, en Visso.»

La nueva catedral, destinada «á poner en el lugar de los más venerables recuerdos, la grandeza del presente y de lo porvenir», debía vencer en amplitud y magnificencia á todas las demás iglesias del universo (1); y el mausoleo del pobre pescador del lago de Genesaret, debía corresponder á la sublime dignidad é importancia del cargo que había transmitido á sus sucesores, el cual se extendía á todo el mundo y á todas las futuras épocas de la Historia. La idea de la Iglesia universal requería un edificio gigantesco; la idea del Pontificado un edificio central cuyo punto medio dominara sobre todo lo demás en forma de una grandiosa cúpula. Bramante creyó que solamente sobre el plano de una cruz griega se podría construir un edificio terminado en una cúpula de la más perfecta y grandiosa forma y del mayor efecto posible; y de suyo se entiende, que dicha cúpula debería levantarse sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Pero como éste se hallaba en un extremo de la antigua basílica, se originaron dificultades que acabaron por sugerir la idea de dar á la planta la forma de una cruz latina (2). Los contemporáneos tratan del plan de Bramante con la mayor admiración; los poetas lo cantaron como la novena maravilla del mundo (3); y el mismo Bramante parece haber dicho, que pretendía colocar el Panteón sobre las bóvedas del templo de la paz del Foro; es á saber: de la basílica de Constantino; pensamiento, á la verdad, sublime, el más atrevido que podía concebirse, y no menos digno de Bramante que del poderoso señor que le encomendaba aquella obra (4).

Dos magníficos proyectos conservados todavía, descubren en

(1) Esto lo dice expresamente Julio II, en su bula de 19 de Febrero de 1513, que aún citaremos repetidas veces, existente en el Bull. Vat. II, 349.

(2) v. Geymüller 221. Cf. Hoffmann, Studien über Italien (Frankfurt 1876) 5, y Jovanovits 33. Graus («Kirchenschmuck» 1896 p. 32; cf. 1882, p. 52 s.) es de opinión, que la manera de edificar de los antiguos cristianos, la cual establecía las «Memorias» centrales para las iglesias donde había sepulcros de santos ó que estaban levantadas á su reverencia, fué la que debió de recomendar como muy apropiada una construcción central para el sepulcro del Apóstol.

(3) Pungileoni, Vita di Bramante 112. Cf. en el apéndice n.º 121 las palabras de Cornelius de Fine. *Biblioteca nacional de París*.

(4) Redtenbacher en Lützows Zeitschr. IX, 304. Burckhardt, Cultur I<sup>2</sup>, 112, dice, que el plan del nuevo S. Pedro, tal como Bramante lo quería, es quizá la mayor expresión del poder de la unidad. Gregorovius VIII<sup>2</sup>, 111, observa lo siguiente. «El hombre que ha querido el S. Pedro de Roma, y con ánimo intrépido ha echado sus fundamentos, por esta sola acción ya posee derecho á vivir en la memoria de los hombres.»

particular los designios de Bramante (1): sobre el plano de una cruz griega de brazos iguales, debía levantarse la gigantesca cúpula central, conforme al dechado del Panteón, y otras cuatro cúpulas menores en los lados; y los cuatro brazos de la cruz terminaban en ábsides semicirculares. Conducían á lo interior aulas adornadas de columnas, y en uno de los proyectos, los brazos de la cruz están rodeados de grandes corredores semicirculares, los cuales faltan en el otro plano. Aquellos corredores, ó eran una reminiscencia de la antigua iglesia de San Lorenzo de Milán, con razón muy admirada por Bramante, ó tenían por objeto robustecer los cuatro grandes pilares de la cúpula; y la extraordinaria grandeza y amplitud de ésta es característica de ambos proyectos. «Para dar animación á los pilares, halló Bramante, tomándolo de antiguos edificios, el motivo extraordinariamente eficaz, de grandes hornacinas, que se emplearon por genial manera como un tipo fundamental predominante en la configuración de todos los macizos. Los cuatro menores espacios correspondientes á las cúpulas de los extremos, cuyo diámetro era igual al radio de la cúpula mayor, debían conducir al espacio interior, preparando el ánimo muy oportunamente con su velada luz, y por la parte de fuera (como lo muestra una medalla contemporánea de Caradosso) aparecían modestamente subordinadas, alcanzando la misma altura de las aristas de los tejados que cubrían los brazos de la cruz.» En los ángulos exteriores del edificio, se debían colocar cuatro sacristías y capillas, y asimismo la torre de las campanas. Como quiera que este plan se encuentra en las medallas de Julio II labradas por Caradosso, debió sin duda ser por algún tiempo el aprobado por el Papa. En el otro plan que presenta los brazos de la cruz rodeados de grandes corredores, se había procurado con una gradación todavía mayor el efecto de las masas. El tambor de la cúpula central debía, en este plano, estar adornado de una corona de columnas, y suspendido como una magnífica diadema sobre el sepulcro radiante de luz del Príncipe de los Apóstoles (2); y la

(1) Designados por v. Geymüller con las letras B y D.

(2) V. v. Geymüller 222 s., 233 s., 244 s., 257 s. Disertación de Lübke, en la *Allg. Zeitung* 1882, n.º 216, sup. Lübke, *Gesch. der Architektur II* (Leipzig 1886), 361 s. Burckhardt-Holtzinger, *Renaissance* 126. Las medallas con la leyenda *Templi Petri Instauratio* se hallan copiadas en Geymüller, tabla 2, y en la lujosa obra *Le Vatican* 532, donde su reproducción es igualmente perfec-

cúspide del más hermoso de los edificios de la antigüedad, elevado en el aire, había de sustentar la Cruz, como símbolo del triunfo del Cristianismo sobre el mundo gentilicio.

Las enormes proporciones de esta construcción, señalada sobre todo por su majestuosa simplicidad, que hacían de ella una verdadera basilica de todos los pueblos, una iglesia universal; se coligen de que, el plano de Bramante debía haber ocupado por lo menos una superficie de 24,200 metros cuadrados; mientras el edificio actual, construido según los planos de Miguel Angel, no cubre, sin las añadiduras de Maderna, más que una superficie de 14,500 metros cuadrados, por tanto, más de un tercio menos de la proyectada (1).

La agradable impresión producida por los magníficos planos de Bramante se enturbia con el recuerdo de haberse sacrificado á los mismos una de las más antiguas y venerables iglesias de la Cristiandad. Pormás que la basilica de Constantino, construida en una época de decadencia artística, estuviera muy lejos de la avasalladora sublimidad y grandiosidad de la gigantesca construcción nueva; por muy defectuosa que fuera en sus pormenores, desigual en sus materiales, traídos de las regiones más diversas, y por muy inharmónica impresión que produjese en conjunto, siempre era, sin embargo, un edificio grandioso rodeado de innumerables leyendas y piadosas memorias, y santificado por una historia de casi doce siglos. Desde aquellos días en que Constantino había hecho al Cristianismo religión del Estado, había esta iglesia participado de la larga sucesión de luchas, sufrimientos y victorias que constituyen la Historia del Papado y de la Iglesia, y su nombre estaba indisolublemente

ta. Por lo demás, parece que en la dirección de los trabajos no se atuvieron al plan que se había aceptado y determinado al poner la primera piedra, y que más tarde se resolvió construir la iglesia en forma de un edificio prolongado, tal vez por motivos litúrgicos. Semper considera la catedral de Carpi, como la copia más fiel de este proyecto *final* de Bramante. Expresó ya esta opinión en 1878, en su *Bramante* 46-47; la expuso más largamente en su lujosa obra sobre Carpi 54 s., y allí discutió también el estudio de v. Geymüller, publicado en *Lützows Zeitschr.* XIV, 289 s. Cf. además Jovanovits 46 s.; v. Geymüller, *Notizen über die Entwürfe zu St. Peter in Rom* (Karlsruhe 1868) 26 s., y en la obra mayor, 220, y Burckhardt-Holtzinger 125. El pasaje de Panvinius se halla en la edición de May, *Spicil.* IX, 466. Sobre las medallas de Caradosso, v. Piot en el *Cabinet de l' amateur* (3.º année 1863) 39.

(1) Redtenbacher en *Lützows Zeitschrift* XI, 308.

unido con ellas. Muchos, muchísimos acaecimientos trascendentales en la Historia del mundo, se habían realizado dentro de sus muros; cada una de sus piedras parecía encerrar un recuerdo histórico, y el espectador se sentía en sus aulas, más que en otra parte alguna, penetrado del espíritu de la Historia (1).

El doloroso sentimiento de que todo aquello estaba condenado á desaparecer, conmovió también á muchos de los contemporáneos. Ya en tiempo de Nicolao V, cuando se propuso el primer plan de derribar aquel templo de Dios, tan íntimamente unido con la Historia de los papas, había expresado tales sentimientos el humanista cristiano Maffeo Vegio (2). Pero esta vez se manifestó la contradicción de una manera todavía más enérgica; casi todo el Colegio cardenalicio parece haberse declarado contra el plan de Julio II. Panvinio refiere, que este Papa, en su designio de derribar la antigua iglesia de San Pedro, tuvo por adversarios á personas de casi todas las clases de la sociedad, y principalmente á los cardenales; no porque se pronunciaran contra la erección de un nuevo y magnífico templo del Señor, sino porque les dolía en el alma que hubiera de ser destruída desde sus cimientos la antigua basílica venerada en todo el mundo, santificada con los sepulcros de tantos Santos y ennoblecida con las más importantes memorias (3).

La resistencia contra la nueva construcción de San Pedro continuó durando aún después de la muerte de Julio II, de lo cual es testigo un diálogo satírico, compuesto por Andrés Guarna de Salerno, y publicado en el año de 1517, entre San Pedro, Bramante y el boloñés Alejandro Zambecari. Bramante se presenta ante las puertas del cielo, y San Pedro pregunta: «¿Es éste el destruidor de mi iglesia?» Zambecari lo afirma, añadiendo: «El hubiera destruído también la ciudad de Roma y todo el mundo, si hubiese estado en su mano.» San Pedro interroga á Bramante: «¿Por qué has derribado tú mi iglesia de Roma; la cual, sólo con su antigüedad misma, elevaba á Dios los pensa-

(1) Reumont, III, 1, 451. Cf. Grisar, Die alte Peterskirche zu Rom und ihre frühesten Ansichten. Rom 1895.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. II, p. 172.

(3) Fea, Notizie 41, ha sido el primero en dar á conocer la noticia expuesta en el texto, emanada de la obra de Panvinus, De rebus antiquis eccl. basilicae S. Petri; esta noticia se halla en la edición de Mai, Spicil. IX, 365-366. Panvinus menciona aquí expresamente un modelo en madera, de Bramante.

mientos hasta de los más incrédulos?» Bramante se excusa alegando no haber sido él quien lo derribó, sino los operarios, y esto por mandato del Papa Julio. «No, replica San Pedro, no ha pasado esto así; tú has decidido al Papa Julio á destruir la iglesia, y bajo tu dirección y por tu mandato han trabajado los operarios. ¿Cómo has podido atreverte á semejante cosa?» «Para aligerar un poco la repleta bolsa del Papa», responde Bramante. A las demás preguntas de San Pedro, sobre si Bramante ha realizado su plan, responde éste: «No; verdad es que Julio II dejó derribar la iglesia antigua, pero no abrió su bolsa para la construcción de la nueva; no concedió más que indulgencias, y fuera de esto se ocupó en mover guerras.» En lo que sigue se hace el coloquio todavía más atrevido y chusco. Bramante no quiere entrar en el cielo sino bajo las siguientes condiciones: «Primera: el empinado y difícil camino que conduce desde la tierra al cielo, ha de desaparecer. Quiero, dice, construir una nueva carretera ancha y agradable, de suerte que aun las almas de los flacos y viejos puedan andar por ella á caballo. Luego quiero construir un nuevo paraíso con hermosas y alegres habitaciones para los bienaventurados.» Y como San Pedro no accediera á esto, declara Bramante que quiere irse á la casa de Plutón. Allí construirá un infierno nuevo en lugar del antiguo, que está ruinoso y casi destruído por las llamas. Al fin repite todavía San Pedro: «Dime: ¿cuál es la verdadera causa porque has derribado mi iglesia de Roma?» «Es verdad, responde Bramante, que se ha derribado; pero el Papa León construirá otra nueva.» «Ahora bien, concluye San Pedro; tú habrás de aguardar delante de las puertas del paraíso hasta tanto que la nueva construcción esté terminada.» «¿Y si nunca se llega á acabar?» replica Bramante. Y San Pedro: «¡Oh, mi León la llevará ciertamente á término!» Bramante: «Acaso León la concluirá, y así quiero esperarlo. A mí no me queda otro remedio que aguardar hasta entonces» (1). También en Alemania se levantaron voces contra la ruina de aquel templo venerable. El canónigo de Worms Carlos von Bodmann, era de parecer, en una carta de 1516, que el espíritu

(1) Este notable diálogo, ya sumamente raro, salió á luz el año 1517, en Milán, con el título *Simia* (hay un ejemplar en la *Biblioteca palatina de Viena*). Bossi, Del cenacolo di Lionardo da Vinci (Milano 1810) 246-249 publicó un extracto de este escrito, el cual deja ver, que ya entonces no se creía que León X pudiese terminar el nuevo S. Pedro.

que en ello intervenía «no era el buen espíritu del Evangelio, sino el espíritu del arte secularizado, el cual no reportaría ningún beneficio al pueblo cristiano, sino más bien produciría grandes daños» (1).

Los reproches dirigidos contra el derribo de la antigua iglesia de San Pedro, no se han acallado ni aun en nuestros días; y puede discutirse hasta qué punto estuvieran justificados. Si la basílica se hallaba ya tan ruinosa en tiempo de Nicolao V (como consta por indudables testimonios), que aquel Papa pudo decir en 1451 que el templo dedicado al Príncipe de los Apóstoles amenazaba desplomarse (2), semejante estado de cosas se habría indudablemente agravado más todavía en tiempo de Julio II (3). Fuera de esto, el Papa Róvere dice con toda determinación, así en el célebre escrito dirigido al rey de Inglaterra á 18 de Abril de 1506 sobre el acto de poner la primera piedra de la nueva iglesia, como en toda otra serie de cartas, «que la antigua iglesia está de todo punto ruinosa» (4). También la inscripción de la primera

(1) Janssen-Pastor, *Gesch. d. deutschen Volkes* II<sup>17-18</sup>, 68.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. II, p. 172.

(3) Cf. las explicaciones de Reumont, III, 1, 458 s.

(4) En el breve al rey de Inglaterra se dice, que él (el Papa) ha puesto la primera piedra del nuevo monumento, firma *spe ducti quod dominus et salvator Iesus Christus, cuius monitu basilicam ipsam vetustate consumptam augustiori forma et aedificio renovare aggressi sumus, meritis et precibus ipsius apostoli vires nobis tribuet, ut quod tanto fervore incoeptum est, absolvi et perfici possit ad laudem et gloriam Dei*. De un modo semejante se expresa Julio II, en el \*breve que dirigió, asimismo el 18 de Abril de 1506, al Abate et conventui monast. S. Augustini ord. S. Benedicti: \*Cum decreverimus basilicam b. Petri principis apostolorum de urbe, *vetustate prope collabentem* dante Domino funditus reedificare atque novo et decenti opere instaurare, nos hodie processionaliter una cum ven. fratribus nostris S. R. E. cardinalibus et magna prelatorum et populi multitudine propriis manibus nostris in eius fundamento primum lapidem... posuimus... Añade, que ha resuelto, opus absque intermissione aliqua concedente Domino persequi, y les exhorta á contribuir con subsidios. Fuerunt expedita XXVIII similia sub eadem data. \*Lib. brev. 22, f. 489. *Archivo secreto pontificio*. En términos semejantes está escrito el breve al rey de Inglaterra, de 6 de Enero de 1506, copiado en el apéndice número 90. Cf. además la encíclica, publicada por Raynald, 1508, n.º 6, donde se lee: *Quis merito non admiretur coeptam a nobis ad omnipotentis Dei eiusque intactae genitricis Mariae ac principis apostolorum b. Petri honorem et laudem necessariam basilicae eiusdem sancti iam vetustate collabentis reparationem et ampliationem*. Casi de la misma manera se expresó el Papa, poco antes de su muerte, en la encíclica ya citada, existente en el Bull. Vat. II, 349. Si el viejo S. Pedro no hubiese amenazado ruina, es imposible que el Papa hubiese podido expresarse tantas veces de un modo tan terminante. La mayor

piedra hace directa relación á esta ruina que amenazaba (1); y algunos contemporáneos muy bien enterados, como Lorenzo Parmenio (2), custodio de la Biblioteca Vaticana, y el secretario privado del Papa Segismundo de'Conti, dicen lo mismo (3); por lo cual no puede hablarse de una arbitraria destrucción de la antigua basílica.

A vista de los planes del Papa y de su arquitecto, es indudable que la nueva edificación de San Pedro había de costar grandes sumas. A 10 de Noviembre de 1505 expidió Julio II el mandato de que se aplicara á la edificación de la iglesia de San Pedro la herencia de un cierto Monserati de Guda (4); y éste es el primer documento auténtico sobre la nueva construcción, la cual, por consiguiente, estaba ya entonces definitivamente resuelta. A 6 de Enero de 1506, suplicaba Julio II al rey de Inglaterra, así como á la nobleza y á los obispos de su reino, le auxiliaran en aquella grande obra (5). Una orden de pago dirigida á Bramante para cinco arquitectos subordinados, lleva la fecha de 6 de Abril, y á 18 del mismo mes se expidieron los breves dando cuenta de haber colocado el Papa por su propia mano la primera piedra (6). Precisamente entonces era inminente la campaña contra Perusa y Bolonia (7); y por ventura ninguna otra cosa manifiesta mejor

parte de los escritores posteriores aseguran también el estado ruinoso del viejo S. Pedro, como, por ejemplo, Michelangelo Lualdi (Romano, Canonico di S. Marco) en sus \**Memorie del tempio e palazzo Vaticano* II, f. 1<sup>b</sup>, 4<sup>b</sup>, que se hallan en el Cod. 31, D. 17 de la *Biblioteca Corsini de Roma*.

(1) Según Paris de Grassis, editado por Thuasne III, 424, nota, dicha inscripción estaba compuesta en estos términos: *Aedem principis apostolorum in Vaticano vetustate ac situ squallentem a fundamentis restituit Iulius Ligur. P. M. A. 1506*; según el Burchardi *Diarium* III, 422, era la siguiente: *Julius II P. M. hanc basilicam fere collabentem reparavit A. D. 1506 pontif. sui anno 3*. La tercera versión que trae Albertini 53, se refiere á cuando se puso la primera piedra de los otros pilares, por Abril de 1507, sobre lo cual cf. Bonanni 52-53.

(2) *Tu divi Petri principis apostolorum aedem plurimorum annorum ictu pene collabentem instaurare in animum induxisti*. L. Parmenius 310.

(3) Sigismondo de'Conti II, 343-344. Cf. Grazer, «*Kirchenschmuck*» 1890, p. 103 s. V. también más abajo, p. 773, not. 2.

(4) Zahn, *Notizie* 178.

(5) V. el texto de este \*documento, sacado del *Archivo secreto pontificio*, en el apéndice, n.º 90.

(6) Solamente se conoce el breve al rey de Inglaterra, publicado por Raynald, 1506 n.º 45; pero es indudable que se expidieron otros semejantes á la mayor parte de los príncipes cristianos. Cf. arriba p. 384, not. 4.

(7) Cf. arriba p. 191 s.

el ánimo osado de Julio II, que no haber tenido dificultad en emprender una obra tan grande, á pesar de lo avanzado de su edad y en una época de grandes proyectos y complicaciones políticas.

Sobre el acto de colocar la primera piedra, celebrado el sábado precedente á la dominica *in albis*, 18 de Abril de 1506, se conservan las relaciones de Burchard y Paris de Grassis (1). El Papa, precedido de los suyos, se dirigió en solemne procesión, con su comitiva de cardenales y prelados, á la excavación de los cimientos, que tenía 25 pies de profundidad. Él mismo, acompañado de solos dos cardenales diáconos, algunos albañiles y otras pocas personas, descendió al hoyo; y un acuñador, probablemente Caradosso, llevaba en un vaso de tierra doce medallas nuevamente acuñadas, dos de ellas de oro, de gran tamaño y valor de 50 ducados, y las otras de bronce. Dichas medallas tenían en el anverso el busto del Papa, y en el reverso el dibujo de la nueva construcción. La primera piedra, hecha de mármol blanco, de unos cuatro palmos de largo, dos de ancho y tres dedos de grueso, llevaba la inscripción: «El Papa Julio II, de Liguria, en el año de 1506, tercero de su reinado, hizo reconstruir esta muy ruinosa basílica». Luego que el Papa hubo bendecido la piedra, la colocó por sí mismo, mientras los albañiles ponían en el hueco para ello dispuesto, el vaso con las medallas. Después, en el mismo lugar donde se había celebrado esta ceremonia, dió el Papa la bendición (2) é indulgencia plenaria, la cual publicó en latín el cardinal Colonna; y después que hubo hecho una solemne oración delante de la cruz, regresó Julio II al Vaticano.

Ciertas órdenes de pago, de Abril de 1506, muestran que entonces se entregaron á cinco empresarios 7,500 ducados para las obras de San Pedro. Estos fondos y todos los demás pasaron por mano de Bramante, el cual ajustó también los contratos con los empresarios á nombre del Papa; pero es cosa rara que hasta ahora no se haya hallado ninguna orden de pago para Bramante

(1) Las dos han sido publicadas por Thuasne en el Burchardi Diarium III, 422 sq. Las relaciones difieren en algunos pormenores. Cf. también el \*breve citado arriba p. 384, nota 4, Sigismondo de' Conti II, 343-344, y Albertini 53, quien tiene falsa la fecha del día y año, la cual repite Tschackert 9. Muy lacónicamente refiere este hecho el \*Diarium que se halla en V. Polit. 50, f. 61; A di XVIII de Aprile 1506 comincio papa Julio a murare in S. Pietro. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Sobre este sitio se levanta el pilar, que ahora contiene la logia con la cabeza de S. Andrés.

por sus trabajos en la nueva construcción de San Pedro, aunque sin duda alguna fué el propio director de las obras, en las cuales se valió principalmente de arquitectos toscanos y activó los trabajos con gran celo (1). La aserción de Segismundo de' Conti, que las obras de construcción procedieron lentamente, no por falta de dinero, sino por efecto de la tardanza de Bramante (2), no se halla apoyada por otros, y por ventura se haya de atribuir á personal hostilidad. En todo caso procede de una persona lega en asuntos arquitectónicos, y está además en contradicción con auténticos documentos. Puede ser verdad que luego en el año de 1506 se produjo cierta paralización en los trabajos; pero en esto ninguna culpa tuvo Bramante, el cual, obedeciendo al mandato de su señor, hubo de acompañar al Papa á Bolonia (3); pero de qué manera velara Julio II, durante su permanencia en la mencionada ciudad, para que no se produjese interrupción ninguna en la nueva construcción, lo demuestra un documento hasta ahora desconocido del Archivo secreto pontificio, fechado á 15 de Diciembre de 1506 (4). Desde el regreso del Papa á Roma, se ve claramente el celo con que se llevaron adelante los trabajos de la nueva iglesia de San Pedro. En Marzo de 1507, Juliano di Giovanni, Francisco del Toccio y otros, estaban ocupados en los capiteles de la nueva basílica (5). A 7 de Abril, refiere un embajador de Módena, que el Papa estaba muy satisfecho, iba con frecuencia á las obras de la

(1) Müntz en la Gaz. des beaux arts XIX (1879), 363 s.; XX, 506. El nombre de Bramante aparece por primera vez en una paga de 30 de Agosto de 1505 por un trabajo que, por desgracia, no se designa con más particulares. La nota que trae Sanuto VI, 327, cae igualmente en Abril de 1506. Este es el primer dato relativo á esta materia, que se halla en esta vasta colección de extractos de relaciones de embajadores venecianos. Los demás, que v. Geymüller y Müntz no tuvieron todavía á su disposición, se han utilizado más abajo por primera vez.

(2) Sigismondo de' Conti II, 344. Sigismondo, para el caso de extinción de su familia, instituyó por heredera la fábrica de la Iglesia de S. Pedro (I, p. xxxiii).

(3) Carta orden de pago de 29 de Diciembre de 1506 magistro Bramante architectori S. D. N. pro expensis per eum cum sociis factis et faciendis Bononie et in redditum ad urbem, publicada por Zahn, Notizie 180.

(4) \*Breve, fechado en Bolonia á 15 de Diciembre de 1506. Al arzobispo de Tarento, Enrique (Bruni), thesaurar. generalis. Redit Romam dil. fil. Nicolaus Niccius, beneficiatus basilice s. Petri apostolorum principis de urbe homo valde aptus ad excitandum fabros cementarios ut operi fabrice dicte basilice instent et opus ipsum sine intermissione continuent. Quare volumus ut eum huic negocio praeficias. \*Lib. brev. Iulii II. 25, f. 8. *Archivo secreto pontificio*.

(5) v. Geymüller 355. Müntz l. c. XX, 509.